

mos”, en boca de Ordoño, que trata de requebrar a la desdeñosa doña Elvira. Convendría explicarla. Quevedo utiliza la misma expresión en su soneto “Que no me quieren bien todas confieso”, en el que, según reza el título, “Procura persuadir aquí a una pedidora”; *Autoridades* trae “tener y tengamos”, “frase familiar que se usa para persuadir a la mutua seguridad en lo que se trata”. El sentido encaja bien con los requiebros de Ordoño, que en ese momento oculta a Elvira su condición de rey.

C) vv. 998-1002: el galán don Lope, celoso de los requiebros del rey Ordoño a su amada Elvira, se queja ante ella e inserta en su parlamento una serie de motivos emblemático-pictóricos sobre el amor: “al rigor pintó un discreto / vueltas a amor las espaldas, / a la ocasión con cabellos, / sin alas al apetito, / con dos caras al deseo”. Más que anotar, como hace el editor, que volver las espaldas es signo con el que los monarcas muestran su desagrado ante un súbdito, sentido que no considero pertinente en este pasaje, hubiera sido interesante rastrear estos motivos iconográficos y explicar cómo se vinculan con la acción de la comedia; por ejemplo, la figura de la Ocasión, con su mechón en la frente y nuca desnuda, es en la tradición emblemática instrumento de Amor, y, en este caso, aludiría al encuentro fortuito de Ordoño y doña

Elvira en el bosque. Rigor, Amor, Apetito y Deseo, con mayúscula, podrían someterse, en mi opinión, a similares búsquedas.

Tenemos, en definitiva, entre manos una excelente edición del texto tirsiano a cargo de Enrique García Santo-Tomás, un hito más en su prolija trayectoria crítica.

Fernando Plata
Colgate University (NY, EE.UU.)
fplata@colgate.edu

González-Allende, Iker
Epistolario de Pilar de Zubiaurre (1906-1970). Woodbridge: Tamesis, 2014. 414 pp. (ISBN: 978-1-85566-276-6)

Iker González-Allende recopila 188 cartas inéditas escritas o recibidas por Pilar de Zubiaurre durante 64 años de correspondencia con personas del entorno familiar, de amistades y otras relaciones de la intelectual, algunas de ellas figuras de peso en el ámbito cultural hispánico, como Azorín, José Ortega y Gasset, Concha Méndez o Ernestina de Champourcin. El proyecto de esta recopilación epistolar parece apuntar a un doble propósito. Por un lado, acercar a la personalidad de Zubiaurre, valedora del interés por razones que se señalan en las primeras páginas del volumen y que pretenden solventar

la escasa atención que recibe esta intelectual vizcaína, políglota y liberal, que desarrolla una amplia actividad de promoción cultural en la España de la República y del exilio, bajo seudónimo y a la sombra de la celebridad de su padre, músico, su esposo, el periodista Juan de la Encina, y sus hermanos, los pintores Valentín y Ramón de Zubiaurre. Paralelamente, González-Allende apunta a hacer una defensa del género epistolar y de las posibilidades que esta forma de escritura ofrece de asomarse, más allá de a un contexto íntimo de comunicación, a un modo de procesar la experiencia de cambios políticos y sociales en el tiempo. Si Zubiaurre no pudo dedicarse profesionalmente a la literatura, como tampoco a la música, debido a los prejuicios sociales de una época y de una clase burguesa para con su género, es lo recogido en la escritura de cartas lo que pone en evidencia la extensión de su sensibilidad artística e intelectual, así como las dotes de gestión y comunicación que le permiten ejercer un papel relevante en el contexto de divulgación cultural español y del País Vasco concretamente: en la gestación de publicaciones periódicas, como la revista *Hermes* y en proyectos de educación infantil; actividad que más tarde pasa a desarrollar en el ámbito internacional del exilio, donde colabora en revistas como *Eusko Deya*. Su correspon-

dencia constituye hoy además una interesante plataforma desde donde observar las diferentes etapas de un contexto histórico vivido en clave de relaciones o intercambios en la esfera íntima de una élite intelectual.

González-Allende presenta un recorrido por la teoría y reflexiones hechas sobre la correspondencia como género, diferenciado de la escritura autobiográfica, la cual goza de una mayor y creciente consideración, mientras las cartas se relegan a una función de material complementario o de apoyo al entendimiento de personajes que de otro modo se examinan desde otros textos especializados o desde su propia producción en otro tipo de textos. Más allá de alimentar el anecdotario de una información ya sabida y aportada por otras fuentes, y al margen de servir como base a la novela epistolar, apunta el estudioso que los epistolarios son relevantes al acercamiento a una época, habiendo servido como documentación esencial para conocer de primera mano acontecimientos históricos o entender códigos de conducta y otros mecanismos sociales de control. Desde los años ochenta, existe una crítica enfocada en estudiar la capacidad retórica y discursiva de la correspondencia escrita, su estructura de pacto o diálogo diferido, y su base constitutiva a la formación de identidad y de intertextualidad. Con cada uno de esos ele-

mentos de análisis, de la mano de críticos hispanistas como Claudio Guillén o Enric Bou, y del ámbito más amplio, como Elisabeth MacArthur, Margo Culley, Roxana Pagés-Rangel, Liz Stanley, David Gerber o Janet Altman, sin agotar la lista, se relaciona la correspondencia recopilada en torno a Zubiaurre, siendo que, además, este corpus crítico mayormente anglosajón viene a señalar una indagación de la relación de lo epistolar con las coordenadas marcadoras de género. En algunos casos, también de los procesos de desplazamiento como experiencia individual y colectiva.

El volumen de correspondencia se presenta organizado de forma cronológica y dentro de ella en línea temática, dividido en tres secciones: cartas de juventud, cartas escritas durante la Guerra Civil, cartas escritas en el exilio. El primer apartado muestra mejor que ninguno la formación de una red de relaciones, a la par de una polifacética actividad en lo cultural, no limitada al ámbito literario sino también con presencia en el del arte, que incentiva un rico intercambio de impresiones con especialistas internacionales, europeos y americanos. Se trata de un desarrollo social e intelectual que Zubiaurre compagina con una declarada dedicación al círculo familiar, a su matrimonio y a la carrera de sus hermanos. La Guerra Civil estimula un marco de corres-

pondencia que sirve no solo para exponer la consabida circunstancia de penuria compartida, lo cual puede ser reflejo de una función terapéutica, pero que también cabe verse como una plataforma de “reinventar el yo, reconstruir el sujeto y adoptar una posición de *agencia* psicológica”, según teoriza Suzette Henke, y que hacen que Zubiaurre deje de ser “una mera víctima para convertirse en una figura activa que denuncia los ataques contra la población civil” (27). Al conflicto le sigue un periodo de 32 años de exilio en la Ciudad de México, del cual proviene la sección más extensa de correspondencia, entre 1938, cuando Zubiaurre sale de España, y el tiempo de su muerte en 1970. En ese contexto de cambios y desarraigo, las dos principales funciones que se detectan respecto a la correspondencia epistolar son, como en la etapa anterior, la informativa y la terapéutica, que además en este caso se lleva a cabo con una dimensión transnacional, con el potencial que tal cosa conlleva para el desmantelamiento de paradigmas nacionales, en paralelo a la re-ubicación o reafirmación de identidades. La correspondencia que nos ocupa manifiesta la función que Gerber detecta en la epístola transnacional como texto para expresar y generar emociones desde un sujeto emigrante a otro. En ese sentido, no es vano observar que

una gran parte de ese corpus de misivas escrito en el espacio de exilio se realiza entre amigas: las de Zubiaurre son intelectuales, y a menudo esposas de personalidades de la cultura, como Zenobia Camprubí, María Martos de Baeza, María Luisa Urgoiti y Margarita Salinas. Este tipo de carta revela una interesante visión de la vida intelectual del exilio, mezclada o integrada en la cotidianidad articulada en forma de relaciones sociales y afectivas, que como escritura informativa resulta más rico quizá que el del intercambio de impresiones e ideas que Zubiaurre puede establecer con escritores o pensadores del momento. Por ejemplo, en junio de 1950, Zubiaurre recibe la carta de Angélica Mendoza, donde la intelectual argentina le comunica de una manera cálida y cercana el pésame por la muerte de su madre, de la que se ha enterado en una coyuntura social en la que salen mencionados José Gaos y Alfonso Reyes. Estos intelectuales, promotores de la vida universitaria mexicana, promocionan el estudio de la antropología en detrimento de otras áreas, según lamenta discretamente la que entonces ejerce de profesora de literatura en Estados Unidos (359). Del paso de Reyes por Washington en diciembre de 1943 y de su visita allí a Juan Ramón Jiménez sabemos por una carta de Zenobia, que comenta sobre la gripe que mantiene sin salir

de casa al escritor (243). En una postal, manda Ernestina de Champourcin un cariñoso saludo en vísperas de entrevistarse en Mallorca con Camilo José Cela, en febrero de 1968 (282).

Como especialista dedicado a los estudios de género, González-Allende expone de forma bien articulada las implicaciones y elementos que intervienen en el hecho de que las cartas sufran exclusión como escritura del ámbito íntimo, desde posiciones de base prejuiciosa o biológicamente esencialistas respecto a lo epistolar como vehículo de subjetividad femenina. Se alinea él con la postura de señalar cómo la correspondencia pone de manifiesto la manera en que “la mujeres fueron esenciales en la trasmisión de noticias e informaciones entre las comunidades exiliadas y España” (48). Lo hace a partir de una labor de recopilación y minuciosa búsqueda y lectura, que valida como trabajo investigativo, menos practicado que otros en el campo de los estudios literarios, replicando ese hecho quizá la misma visión de prejuicio que relega el género vindicado a un orden secundario de importancia. *Epistolario de Pilar de Zubiaurre (1906-1970)* se posiciona como investigación original dentro de un marco crítico reciente de estudios que se enfocan en la dimensión afectiva o emocional de los textos como transmisores de información. González-Allende no expone

explícitamente como almacén para su trabajo esa línea teórica, que es no obstante fuente de la que beben los estudios sobre el género que consulta y el mismo incentivo de examinar y reclamar la relevancia de una escritura donde lo afectivo cobra forma de comunicación, de hechos, valores e ideas.

Elena Cueto Asín
Bowdoin College
ecueto@bowdoin.edu

Martínez Torrón, Diego, ed.
Ángel de Saavedra (Duque de Rivas).
Teatro completo. 2 vols. Sevilla: Alfar,
2015. 734 y 831 pp. (ISBN vol. I: 978-
84-7898-641-5; ISBN vol. II: 978-
84-7898-642-2; ISBN obra completa:
978-84-7898-643-9)

En el proceso de transmisión de una obra literaria, sobre todo si la distancia entre autor y lector se ha ido alargando con el tiempo, interfieren numerosos ruidos que emborronan en cierto sentido tanto el mensaje como la intención con que ha sido elaborada. De ahí la necesidad de la continua revisión de los textos que conforman la historia de nuestras letras. En este caso, tal labor ha sido realizada por Diego Martínez Torrón, con una edición completa del teatro del Duque de Rivas.

La publicación de la citada obra la ha llevado a cabo la editorial sevillana Alfar en un doble volumen que incluye las catorce obras teatrales conocidas de Ángel de Saavedra. A esto se le añade un detallado estudio preliminar que sirve para orientar tanto al lector medio que se acerque por primera vez a la lectura de Rivas, como al estudioso que busque profundizar en sus conocimientos sobre dicho autor. Aunque contiene bastantes notas a pie de página que presentan *grosso modo* el proceso de cotejo y selección de textos, lo cierto es que se trata de una edición divulgativa más que crítica. Las notas tienen la finalidad de mostrar el rigor con el que Martínez Torrón ha editado a Rivas.

Las portadas de ambos tomos reproducen el autorretrato de Rivas realizado en 1826 a los 36 años de edad durante su exilio en la isla de Malta. Ya desde la cubierta, el lector se va a ver imbuido en la especial personalidad de Ángel García de Saavedra, que aún en su figura la doble faceta artística de pintor y escritor.

El volumen I contiene ocho obras: *Ataúlfo* (1814), *Aliatar* (1814), *Doña Blanca de Castilla* (1815), *El duque de Aquitania* (1817), *Malek-Adbel* (1818), *Lanuza* (1822), *Arias Gonzalo* (1826) y *Tanto vales cuanto tienes* (1827). En el volumen II aparecen *Don Álvaro o la fuerza del sino* (1835),